

Lucía: Hermana María Lucía de Jesús y del Corazón Inmaculado



“Mi madre después de las apariciones se vio forzada a vender el rebaño, porque mucha gente pedía verme y hablarme. Esto representó una pérdida para la familia. De esto yo era culpable y todos se encargaban de hacérmelo sentir así. Desde que el pueblo comenzó a ir a Cova da Iria ya no pudimos cultivar nada. Mi madre me decía: «Cuando quieras comer, vas a pedirselo a esa Señora».

Un día mi madre enfermó gravemente y me dijo mi hermana mayor: «Mi madre muere amargada con los disgustos que tú le has dado. Si es cierto que viste a Nuestra Señora, vete a Cova da Iria y pídele que la cure. Prométele lo que quieras que lo haremos y entonces creeremos». Lucía imploró a la Virgen la curación de su madre y prometió ir con sus hermanos desde lo alto del camino hasta la encina de rodillas rezando el Rosario.”

En menos de un año Lucía sufrió la muerte de Francisco, de su querido padre y Jacinta. Su gran tristeza se fue disipando con su partida de Aljustrel. Atrás dejaba los lugares benditos y su propia identidad, pero consigo llevaba inviolable su secreto. “Tú te quedarás aquí algún tiempo más. Jesús quiere servirse de ti para darme a conocer y amar”, le había dicho la Virgen María. Desde entonces fue depositaria del testimonio de sus primos y de la misericordia de Dios. Años después, y a petición de superiores eclesiales, sor Lucía redactó sus *Memorias* dando luz a las apariciones y sus secretos. También narró la aparición de la Virgen en Pontevedra (10 de diciembre de 1925) y la de Tuy (13 de junio de 1929), durante su vida como religiosa.

Así la recordaba el papa Juan Pablo II cuando murió: “Sor María Lúcia de Jesús e do Coração Imaculado ha sido llamada por el Padre celestial a la morada eterna del Cielo. Ella ha alcanzado así la meta a la que siempre aspiraba en la oración y en el silencio del convento. [...] nos deja un ejemplo de gran fidelidad al Señor y de gozosa adhesión a su voluntad divina. [...]” El Vaticano, 14 febrero 2005



“Dios mío, yo Os amo, en agradecimiento por las gracias que me has concedido.” Oración de Lucía que compartió con Francisco y Jacinta después de la quinta aparición.



Fátima: Centenario de las Apariciones

Revelación de la misericordia de Dios



6

“He venido para que tengáis vida”

El sexto año del septenario conmemorativo del Centenario de las Apariciones de Fátima evoca la **aparición de setiembre de la Virgen María, en 1917**, centrándose en la **actitud creyente de la celebración**.

TESTIMONIO Y CARISMA DE LOS PASTORCITOS

Lucía, Francisco y Jacinta soportaron con admirable fortaleza las calumnias, malas interpretaciones, injurias, persecuciones e incluso la prisión: “Si nos matan no importa; vamos al Cielo”, decían.

La primera contradicción fue la incompreensión familiar, especialmente de la madre de Lucía, que tachaba a su hija de mentirosa. El párroco, Manuel Marques Ferreira, también les hizo padecer cuando les advirtió que tal vez todo fuera un engaño del demonio. Pero quien hizo sufrir más a los niños fueron las autoridades, en especial Arturo Oliveira Santos, Administrador del concejo de **Ourém**, que en agosto de 1917 les secuestró, encarceló y amenazó de muerte.

Aquellos días los tres pastorcitos sentían especialmente el abandono de sus padres: “Ni tus padres ni los míos vienen a vernos. ¡No les importamos nada!” Incluso los sometieron a un examen psiquiátrico, sin consecuencias positivas para quienes les querían acusar. Ellos ofrecieron su dolor por los pecadores, por el Santo Padre y el Inmaculado Corazón de María.

Los ataques de la prensa laicista, sin pretenderlo, extendieron la fama de las apariciones y cada mes era mayor el gentío que acudía a la cita con la Virgen.





Durante las mariofanías cada uno de los tres tuvo un protagonismo distinto. Lucía veía, escuchaba y hablaba con la Virgen; Jacinta veía y oía, aunque no intervenía en el diálogo; Francisco sólo veía si bien podía ser hecho partícipe del Mensaje. “Nuestra Señora nos trajo una

sensación de expansión y libertad; solo deseábamos exaltar nuestro gozo.”

El 13 de mayo de 1917 la Virgen María les había comunicado la petición que cambiaría sus vidas para siempre: “¿**Queréis ofrecer a Dios** para soportar todos los sufrimientos que Él quisiera enviarnos, en acto de reparación por los pecados con que Él es ofendido y de súplica por la conversión de los pecadores?” “Sí, queremos”, respondieron.

Desde entonces los tres pastorcitos buscaban multiplicar sus sacrificios: mortificaban su voluntad y su carácter; se privaban del alimento y daban la comida a los niños pobres; renunciaban a sus juegos preferidos para entregarse más a la oración. Fueron muy dóciles a los preceptos del Señor y a las palabras de la Virgen María.

Cada uno encarnó el testimonio con un carisma particular. Después de las apariciones Lucía empezó a ir a la escuela, tal como la Virgen le había pedido. Francisco y Jacinta iban también para acompañarla. Los dos hermanos sabían que sus vidas serían breves y esperaban ardientemente ir al Cielo.

Beato Francisco Marto: ‘Contemplar como Francisco’



Francisco era de carácter cariñoso, muy humilde, paciente, poco hablador, dócil, sincero, justo, obediente y diligente. Mostró una especial sensibilidad hacia la belleza sobrenatural de las apariciones y la necesidad de consolar a Dios. Cuando Lucía le comunicó que Nuestra Señora le había dicho que él iría al cielo, pero que tendría que rezar antes muchos rosarios, desbordando alegría, dijo: “¡Santísima Virgen, rezaré tantos rosarios como quieras!” Desde entonces se entregó a una vida

espiritual intensa: oración asidua y ferviente, purificación del espíritu con la confesión frecuente y el rezo del Rosario. Ayudaba a los necesitados y se esforzaba en la práctica de la virtud y el sacrificio. Su celo era admirable y ejemplar.

Tenía un amor muy grande al Santísimo Sacramento. Pasaba horas junto al sagrario acompañando y consolando al Señor. De camino a la escuela pasaba por la iglesia para visitarle. Estando ya enfermo, le decía a Lucía que fuera a la iglesia y diera muchos recuerdos a ‘Jesús Escondido’.

Su gran deseo era reparar las ofensas de los pecadores. Para ello se esforzaba en ser bueno haciendo sacrificios y oraciones. Soportó los grandes sufrimientos de la enfermedad sin quejarse y ofreciéndolos para consolar a Jesús, la Virgen María y el Papa. Murió con una sonrisa angelical, con la certeza de que la Virgen le esperaba en el Cielo.



Beata Jacinta Marto: ‘Amar como Jacinta’

Jacinta era alegre, juguetona, caprichosa y testaruda. Después de la primera aparición de la Virgen no hacía más que repetir: “¡Oh, qué hermosa era la Señora!” Su prima, viéndola tan entusiasmada, le recomendó que no contara nada. Pero no hizo caso y desveló la noticia.

Lucía dijo de ella: “Jacinta fue a quien la Santísima Virgen comunicó mayor abundancia de gracia, conocimiento de Dios y virtud.” Tras las apariciones experimentó un cambio asombroso. Su aspecto era serio, humilde y amable; traslucía la presencia de Dios y gran virtud. Mostró especial sintonía con Jesús en su pasión: “No quiero que Nuestro Señor sufra más”. Sentía un gran amor por el Papa y deseos de verle.

Con gran espíritu misionero rezó y se sacrificó por la conversión de los pecadores y desagraviar al Corazón Inmaculado de María, ofreciendo los grandes sufrimientos de su enfermedad. Antes de ir al hospital de Lisboa, abrazada a Lucía dijo: “¡Nunca más nos volveremos a ver! Reza mucho por mí. La Virgen me ha dicho que después de sufrir mucho moriré sola, pero que no tenga miedo, que Ella me irá a buscar allí para llevarme al Cielo.” La Virgen siguió visitándola y cumplió su promesa de llevársela al Cielo.